

Domingo XVI del TO
Ciclo B



21 de julio de 2024

Jr 23, 1-6

Sal 22

Ef 2, 13-18

Mc 6, 30-34

P. Eduardo Suanzes, msp

El propósito de Jesús al embarcarse con los Doce cuando éstos volvieron de su gira era estar a solas con ellos para seguir enseñándoles en privado, para descansar con ellos, pues hasta entonces las circunstancias le habían impedido hacerlo. Este propósito se frustra por la presencia de la multitud que *«iba y venía»*; Jesús no podrá instruir en privado a los discípulos, quienes todavía necesitan aclararse más en sus ideas del Reino de Dios¹.

Pero al llegar al lugar solitario previsto por Jesús, se encuentran con la multitud que lo esperaba y Marcos nos describe la reacción de Jesús ante ella. El dicho central *«estaban como ovejas sin pastor»* describe la situación de desorientación de esta multitud abandonada por los dirigentes; Jesús, como Pastor de Israel, responde a la situación con una prolongada enseñanza.

La gran multitud está compuesta por los muchos que reconocieron al grupo mientras iba en la barca y fueron por tierra corriendo a este lugar desde todos los pueblos. Es decir, hay una reacción popular grandemente favorable a la actuación de los Doce, reacción manifestada antes en los muchos que iban y venían donde estaba Jesús con ellos.

La multitud esperaba al grupo, pero si nos fijamos bien, el evangelista separa a Jesús de los discípulos, que, por el momento, desaparecen de la escena; aunque fue el grupo el que viajó en la barca sólo señala el desembarco de Jesús (*«cuando Jesús desembarcó»*, dice Marcos) y sólo él va a entrar en contacto con la multitud. Los discípulos *«no están con él»*

Jesús se da cuenta de la presencia y de la situación de la multitud, y señala el evangelista la reacción que ésta le provoca: *«se conmovió»*. Es el mismo sentimiento que provoca la emoción propia del amor tierno ante el infortunio, que implica y manifiesta la sensibilidad ante el mal ajeno. Es el sentimiento atribuido a Dios mismo en el AT y en el judaísmo: muestra la reacción de Dios ante la miseria humana y su deseo de ponerle fin. Es el mismo sentimiento que experimentó el Padre de la parábola del hijo prodigo; el mismo del buen samaritano a ver al postrado en la cuneta del camino. Es un verbo que en su raíz hebrea tiene el mismo origen que la palabra *«matriz»*; por tanto es una expresión que denota una conmoción desde las entrañas propias del mismo Jesús. Preguntémonos ahora si la situación de esa gente que esperaba a Jesús puede ser también la situación del pueblo de Dios, del hombre de hoy, de la humanidad. Es como en el episodio del Génesis de la torre de Babel, donde se presenta a la humanidad frustrada sin

¹ Cfr JUAN MATEOS – FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético. Vol. II. Ed. El Almendro. Córdoba, 1993*

entenderse unos con otros. La humanidad actual está en un estado generalizado de malestar, de frustración, de dispersión, de incapacidad para encontrar puntos comunes de referencia válidos y estimulantes para todos. Estamos sumergidos en una pandemia de la que no somos capaces de salir. El mundo a partir del año pasado ha cambiado definitivamente a causa de la COVID que ha despertado por un lado lo mejor del hombre, pero por otro lo peor: el egoísmo: las vacunas primero para el primer mundo, gente que no cuida de la gente cuidándose a sí mismo, etc. Pero Jesús se conmueve ante esta situación, y este sentimiento de Jesús no se trata simplemente de una intuición intelectual, sino de algo que lo conmueve profundamente por dentro².

El motivo de esta conmoción no es que la multitud no tuviera qué comer, ni ella expresa de algún modo que esperase ser alimentada por él. Es, en cambio, que esa multitud *«estaba como ovejas sin pastor»*, desorientada sin saber adónde ir; no tiene a nadie que la guíe y la defienda. El oficio de pastor está hecho de cuidado y compasión y estas actitudes brillan por su ausencia en los dirigentes de Israel. Han llegado de todos los pueblos, es decir, de todas las poblaciones donde hay sinagoga. Su necesidad principal no es el alimento, sino la enseñanza, el cuidado y compasión de sus dirigentes: y esto no lo tienen. Pero sí en Jesús, nos dice Marcos, porque él sí se conmueve ante nuestro desvalimiento y la condición rota de muchas personas que tienen despedazado el corazón: esa es la debilidad de Jesús: un corazón abatido, postrado por el dolor, roto por las experiencias sufridas de la vida. Jesús se conmueve ante nuestras oscuras travesías en las noches más desoladas; se conmueve ante las vidas sin rumbo y sin esperanza.

Marcos está denunciando la conducta de los pastores de Israel. Es lo que hemos oído en la Primera Lectura de Jeremías: *«ustedes han dispersado y rechazado a mis ovejas y no las han cuidado»*. Jesús se encuentra con un pueblo desorientado por culpa de los dirigentes. Es la injusticia y el egoísmo de los que se proclaman jefes y pastores de Israel lo que ha creado la lamentable situación de la gente y su expectativa.

Es ese pueblo decepcionado el que persigue a Jesús y los Doce, pero solo será Jesús el único Pastor, no los discípulos. Es Jesús quien asume la función de Pastor de Israel, el anunciado por los profetas, como hemos visto en la Primera Lectura, al que identifica con David o con su vástago.

Jesús empieza enseñando, y muestra a la multitud las características del Reino de Dios. No se explicita el contenido de la enseñanza, solo se dice que *«se puso a enseñarles muchas cosas»*; el texto remite así al contenido de las parábolas, especialmente a las del Reino. Orientar a la gente no era cosa simple, eran muchos los puntos que había que tocar y enderezar, por eso dice que enseñó *«muchas cosas»*, es decir, que la multitud necesita una larga instrucción. Jesús les ofrece el «pan» del mensaje, el alimento que puede dar vida a este pueblo.

² Cfr. CARLO MARÍA MARTINI. *Pueblo mío, sal de Egipto. El camino del pastor en su pueblo*. Ed. Sal Terrae. Santander, 1988.